

SOÑÉ QUE LLOVÍA

Pseudónimo: Virginia Esparza

Intensamente, con esa melancolía del noviembre último. Yo era una joven estilizada que vestía suéter azul marino ceñido y vaqueros blancos de tiro corto. Mi larga cabellera negra me caía hacia atrás: el agua limpiaba mi rostro resplandeciente, de mejillas sonrosadas, todavía hinchadas. Una mujer me protegió con un paraguas negro. No la recuerdo bien. Me dijo que era profesora asociada. Caminamos juntas hacia la estación de metro. Sábado matinal en el campus desértico.

—¿Qué estudias? —inquirió.

Se lo dije y le pregunté después en qué departamento trabajaba. Cuando me respondió y le indiqué que ese departamento no existía, se limitó a encogerse de hombros.

—Si existe, me gustaría formar parte de él —la desafié.

Acompañó su sonrisa triste con una mirada casi perdida. Solo la lluvia y nosotras.

—Quién sabe —se limitó a responder.

Su voz sonaba amable y lánguida, como las hojas otoñales al caer del árbol. Yo quería caminar bajo la lluvia, flotando como lo hacen las muchachas. Ella pareció percatarse.

—Eres libre para volar —se despidió.

La vi alejarse. Cielo deslucido desplomándose sobre el asfalto. El agua a raudales proyectaba en su silueta intermitente, en su caminar pausado, la belleza madura que aguarda esperanzas serenas. No tuvo que encoger demasiado: la lluvia se la tragó.

Hace tiempo que desperté; que pasaron de moda los pantalones cortos de tiro y la melena larga. Mis mejillas, hoy pálidas, se deshincharon en una madurez ya antigua. Contemplo mi reflejo metálico en el ascensor. Luego atravieso el hall de la facultad y respiro el aire húmedo del exterior. La lluvia persiste.

Fermo parte del departamento que creí fabulado. Triste mañana de sábado. Nadie. Abro mi paraguas negro y camino. Al poco, me encuentro con una estudiante empapada. Contemplándola antes de ser advertida, me pregunto cómo hemos llegado a esto. Mi paraguas alcanza su cabeza. Su rostro resplandeciente no me presta una atención excesiva. Le pregunto qué estudia por oírla hablar, pese a saber la respuesta. Su reticencia a lo inevitable me provoca una triste sonrisa. Cielo plomizo regando con

acero el asfalto deslucido. El vuelo de la joven sella el fin de la historia. Hubiera querido retener un poco más aquella parte de mí que ya no existe. La lluvia impone su cadencia: la muchacha sueña con el agua fría mientras yo desaparezco en la incertidumbre de la tarde incipiente.